

## Capítulo 2. Carta N° 2.



Querida amiga:

Usted no ha quedado conforme. Ha habido demasiadas cosas personales en mi carta, y usted me desea objetivo. Yo creo que lo he sido.

Veamos si no: yo escribí sobre elección profesional, antipatías y división interior con raíces en la infancia. En efecto, hablé de mí mismo, pero las vivencias descritas son típicas. Aplíquese usted a otros hombres y se enterará de muchas cosas. Ante todo se dará usted cuenta de que nuestra vida es gobernada también por fuerzas que no obran a la luz del día, y que hay que tratar de descubrirlas con mucho trabajo y paciencia. Yo lo único que pretendía era mostrarle, a base de un ejemplo, de mi ejemplo, cómo hay muchas cosas que acontecen dentro de nosotros y que se hallan, sin embargo, fuera del alcance de nuestro pensar habitual. Pero lo mejor será que le diga a usted en seguida lo que pretendo con mis cartas. Usted podrá luego decidir si el tema es suficientemente serio o no. Si alguna vez mi discurso bajase al nivel del chisme o de la palabrería, le ruego que me lo diga. Nos ayudará a los dos.

Yo sostengo la opinión de que el hombre es vivificado por lo desconocido. En él hay un Ello, algo de todo punto admirable, que rige y gobierna todo lo que hace y todo lo que le acontece. El enunciado “yo vivo” es solamente correcto bajo determinadas condiciones, expresa solamente un aspecto parcial de la realidad básica, a saber, de que el hombre es vivido por el Ello. De este Ello se van a ocupar mis cartas. ¿Está usted de acuerdo?

Y ahora todavía otra cosa: De este ello solamente sabemos lo que se halla dentro de nuestra conciencia. La mayor parte, y con mucho, es zona inaccesible. Pero nosotros estamos en condiciones de ampliar los límites de nuestra conciencia investigando y trabajando, y podemos penetrar en las profundidades del inconsciente con tal que nos decidamos a no pretender ya saber, sino fantasear. Así pues, querido doctor Fausto, la capa está dispuesta para el vuelo... al país del inconsciente.

¿No es precisamente llamativo que no recordemos nada de los tres primeros años de nuestra vida? Aquí y allá es posible todavía que, con un esfuerzo, uno logre hacerse vagamente con el recuerdo de una cara, una puerta, alguna colgadura de nuestra más tierna infancia. Pero todavía no he encontrado a nadie que se acuerde de sus primeros pasos, o del arte y manera como aprendió a hablar, a comer, a ver, a oír. Y, sin embargo, no hay duda de que éstas también son vivencias. Yo puedo imaginarme muy bien que un niño que empieza a moverse por primera vez por el suelo recibe en su alma unas impresiones más profundas que las de cualquier persona mayor que hace un viaje a Italia. Y también puedo imaginarme muy bien que el niño que se da cuenta por primera vez que la persona que lo mira con esa sonrisa llena de bondad y cariño es su madre, que ese niño es presa de un sobrecogimiento mayor que el del hombre que, por primera vez, introduce a su amada en la alcoba. ¿Por qué olvidamos todas estas cosas?

A esto habría mucho que decir, pero antes de dar una repuesta es necesario hacer algunas consideraciones. La pregunta está mal formulada. Nosotros no olvidamos esos tres primeros años. Lo único que pasa es que su memoria escapa al poder de la conciencia, pues su vida continúa y se desarrolla en el inconsciente, de tal modo que todo lo que hacemos toma su alimento de este tesoro de recuerdos: andamos como aprendimos

entonces, comemos, hablamos y sentimos de la misma manera que entonces lo hicimos. Existen, pues, cosas que son desechadas por la conciencia aun cuando son de vital importancia, pero que, precisamente por serlo encuentran cobijo en regiones de nuestro ser, a las que se suele dar el nombre de inconsciente. Pero, ¿por qué llega a olvidarse la conciencia de vivencias, sin las cuales el hombre no podría subsistir?

¿Puedo dejar abierta la pregunta? De hecho, habré de planteármela aún muchas veces. Pero ahora me interesa mucho más llegar a saber de usted, que es mujer, por qué las madres saben tan poco de sus propios hijos, por qué ellas también olvidan lo fundamental de esos tres primeros años. Es posible que las madres aparenten solamente olvidarlo, sin que lo olviden en realidad. O también es posible que en ellas, como en nosotros, lo fundamental escape al control de la conciencia.

Seguramente que usted me va a regañar por considerar que bromeo otra vez a costa de las madres. ¿Pero qué voy a hacer? En mí sigue viva la nostalgia. Cuando estoy triste, mi corazón busca a la madre y no la encuentra. ¿He de ponerme a gritar contra Dios y el mundo? Yo creo que es mejor reírse de uno mismo, de ese niño pequeño que llevamos en nosotros y que nunca nos abandona. Pues esto de ser mayor es un caso. En realidad, raramente se es, y ello sólo en la superficie. Más bien jugamos a serlo, lo mismo que los niños. Para el Ello no existe propiamente la edad, y es el Ello quien constituye nuestra verdadera vida. Observe usted a los hombres en los momentos de la más profunda tristeza, o de la más profunda alegría: la expresión del rostro se vuelve infantil, y los movimientos igualmente; la voz recobra su flexibilidad, el corazón late como en la infancia, los ojos brillan o se enturbian. En efecto, nosotros tratamos de ocultar todo esto, pero, sin embargo, está claramente ahí, lo que pasa es que no lo advertimos sin más, pues estas pequeñas señales, que hablan tan fuerte, no queremos percibir las en nosotros mismos, y por eso tampoco las vemos en los demás. ¿Deja, de hecho, uno de llorar cuando llega a mayor? Si no se llora es porque lo prohíbe la costumbre, porque algún idiota lo puso fuera de moda. Me ha resultado siempre muy divertido eso de que Ares daba alaridos como diez mil hombres cuando cayó herido. Y el hecho de que Aquiles llorase abundantemente sobre el cadáver de Patroclo es una cosa que sólo lo ha de empequeñecer ante los ojos de los fanfarrones. Nosotros fingimos, eso es todo. Ni siquiera nos atrevemos a reír auténtica y abiertamente. Pero esto no empece a que, cuando no conseguimos alguna cosa, adoptamos la expresión de niños de escuela, que conservamos la misma cara de angustia que teníamos de muchachos, y que nuestros pequeños hábitos de andar, estar echados, hablar, nos acompañan ininterrumpidamente, de modo que a cualquiera que quiera verlo le delatan: he ahí a un niño. Observe usted a alguien que crea que está solo. En seguida sale el niño a la superficie, a veces de manera muy divertida: bosteza, se rasca despreocupadamente la cabeza y el trasero, escarba con los dedos en la nariz y —por qué no decirlo— ventosea. La dama más fina ventosea. O póngase usted a observar a personas que están profundamente sumidas en algún pensamiento, concentradas en alguna actividad, mire usted a enamorados, o enfermos, o ancianos. Todos son niños.

Si uno se pone a pensarlo detenidamente, acaba por resultarle la vida como un baile de máscaras, para el que uno se viste, quizá, diez, veinte, cien veces, pero sin embargo, por debajo, uno va siendo lo que es y permanece debajo de su indumentaria, en medio de las otras máscaras, lo que es, y, al retirarse, no deja de ser el mismo que cuando fue. La vida comienza con la infancia y va, por mil caminos, a través de la madurez, hacia una única meta: la niñez de nuevo. Y la única diferencia entre los hombres es que unos se vuelven infantiles y otros añiados.

Usted podrá observar que, lo mismo que en nosotros, también en los niños se da un curioso fenómeno: hay un algo que aparece en todas las edades de la vida. El hecho de que los ancianos vuelvan a ser como niños es conocido y reconocido. Pero salga usted a la calle y póngase a observar a niñas de tres a cuatro años: a veces presentan toda la apariencia de ser ellas mismas sus propias madres (en los niños no es tan fácil darse cuenta de fenómenos semejantes, cosa que, sin duda, tiene su razón de ser). Y este fenómeno

no es algo meramente esporádico; todos y cada uno exhibimos de vez en cuando estos curiosos rasgos de madurez. Una de las niñas, por ejemplo, presenta en su boca el rictus de la mujer amargada, otra delata en sus labios una innegable predisposición al chismorreo, una es la perfecta imagen de la solterona, otra la de la coqueta. Y, por supuesto, no hace falta decir cuan a menudo se descubre a la madre en la pequeña. No es imitación solamente; es el Ello, que todo lo gobierna. El Ello es, a menudo, señor de las edades, él decide cómo y de qué manera vestimos esta prenda o la otra.

Quizá sea envidia la que hace que me burle de la madre. Envidia de no ser yo mismo mujer y, así, poder llegar a ser madre.

No se ría usted, pues es verdad, y eso no me ocurre solamente a mí, sino a todos los hombres, incluso a aquellos que se tienen por más machos. El lenguaje mismo lo demuestra, pues el hombre más hombre no tiene reparos en decir que está preñado de ideas, ni en hablar de lo que él ha dado a luz, ni en dar el nombre de parto difícil a algo que le ha costado gran esfuerzo producir.

Y estas cosas no son sólo palabras. Detrás hay ciencia. Que el hombre procede de un macho y una hembra es un hecho científicamente fundado, aun cuando no siempre se tenga en cuenta al hablar, como acontece a menudo con las verdades más sencillas. Así pues, en el ser que se llama varón hay también hembra, y en la hembra varón, y en la idea del varón de tener un niño lo único llamativo es que se le niega obstinadamente. Pero el que se le niegue no influye sobre la realidad.

Esta mezcla de hembra y varón puede revestir, a veces, caracteres de fatalidad. Hay hombres cuyo Ello queda en la duda, que todo lo ven desde dos lados, que son esclavos de un doble cuño, grabado en los primeros años de la infancia. Como ejemplo, había citado yo ya a los que fueron amamantados por nodrizas. Y de hecho, las cuatro personas de quienes le hablé a usted poseen un Ello que a veces no sabe si es hembra o varón. Por lo que a mí respecta, le es a usted de sobra conocido, y no lo habrá olvidado, que, bajo el influjo de cualquier impresión, se me hincha el vientre, y que se me desinfla de repente en el momento en que empiezo a contárselo a usted. Como usted también sabe, a esto lo llamo yo mi embarazo. Pero lo que usted no sabe... ¿O se lo he contado ya? Es lo mismo, se lo contaré otra vez. Hace unos veinte años me salió bocio. Entonces yo no sabía lo que sé ahora o, al menos, lo que creo saber. De todas formas, lo cierto es que anduve diez años con el cuello hinchado y ya me había resignado a ir así a la tumba. Pero al llegar al conocimiento del Ello me di cuenta –y cómo llegué hasta aquí carece de importancia– que esa hinchazón no era sino un niño que yo había fantaseado. Usted no ha ocultado su admiración por el hecho de haber quedado libre de esa monstruosidad sin necesidad de operación, sin tratamiento del tiroides, sin yodo. Mi opinión es que la hinchazón desapareció porque mi Ello reconoció y le hizo reconocer a mi conciencia que yo, como toda persona, tengo una naturaleza y una vida sexualmente dobles y que ya no había por qué demostrarlo de forma tan concreta. Otra cosa: aquella mujer que, sin necesitarlo, se fue a una clínica de maternidad y gozaba de los partos ajenos, tiene épocas en las que los pechos se le atrofian totalmente; entonces se despierta en ella la masculinidad y no puede menos, en la cama, de ponerse encima de su marido y cabalgar sobre él. El Ello de la tercera, la solitaria, hizo que apareciera entre sus piernas una protuberancia que tenía el aspecto de un rabo y, cosa rara, le dio tintura de yodo con la intención, como ella creía, de curarlo, pero, en realidad, de lo que se trataba era de dotar a la cabeza de la protuberancia del aspecto colorado del glande. A la última persona de que le hablé le pasa lo que a mí, se le hincha el vientre, víctima de fantásticos embarazos. Y, además, tiene cólicos biliares, partos, si usted quiere; pero, ante todo, tiene problemas de apendicitis, como todos a los que le gustaría ser castrados y convertirse en mujeres, pues, como cree el Ello de la infancia, la mujer sale del hombre cortándole a éste los apéndices genitales. En el caso en cuestión, me consta que ha tenido ya tres ataques de apendicitis. Y las tres veces pudo comprobarse la presencia del deseo de convertirse en mujer. ¿O fue, acaso, que yo le hice creer que tenía ese deseo? Es difícil decirlo.

Tengo que contarle aún otro caso, también de uno que fue alimentado por nodriza, que es una persona muy inteligente, pero que como tuvo a dos madres es a medias en todo y trata con pantopón de liberarse

de esta ambigüedad. Su madre dice que no le dio la teta por superstición, ya que dos hijos, a quienes había amamantado, se le murieron. Por lo que a él mismo respecta, no sabe si es varón o hembra, su Ello no lo sabe. En su tierna infancia salió a flote lo femenino y estuvo enfermo mucho tiempo de una inflamación del pericardio, de un embarazo del corazón, producto de su fantasía. Más tarde se ha repetido el fenómeno, tomando la forma de pleuresía y de unas apetencias homosexuales irresistibles.

Usted se reirá de todas estas cosas y le parecerá cuento. Yo estoy ya acostumbrado a que se rían de mí, pero me viene bien de vez en cuando un ejercicio de endurecimiento al respecto.

¿Me permite aún que le cuente otra pequeña historia? Me la contó un hombre que hace mucho tiempo ya que está bajo tierra, uno de los muchos que devoró la guerra. Este hombre saltó con alegría la barrera de la muerte, pues pertenecía al linaje de los héroes. Me contó cómo el perro de su hermana, un caniche, se masturbó un día frotándose contra una de sus piernas. Contaría entonces unos diecisiete años. Dice que lo observó con mucho interés, pero que, al correr el semen por su pierna, se apoderó de él la idea de que, como consecuencia, él habría de gestar cachorros, y esta idea no lo abandonó durante semanas y meses.

Ahora podríamos, si usted tuviera ganas, adentrarnos por el país de los cuentos de hadas y hablar de las reinas, en cuyas cunas no aparecen sus recién nacidos, sino cachorros de perra, y luego podríamos enlazar con algunas consideraciones sobre el curioso papel que pueden jugar los perros en la vida secreta de los hombres, consideraciones que arrojarían mucha luz sobre la farisáica repulsa de éstos ante las perversiones de pensamiento y de hecho. Pero tal vez esto resultaría demasiado íntimo. Es preferible quedarnos con el asunto del embarazo masculino. Es más común de lo que se cree.

Lo llamativo en una embarazada es el vientre. ¿Qué opina usted de mi afirmación anterior de que también en el hombre hay que interpretar el abultamiento del vientre como signo de embarazo? Por supuesto que el hombre no tiene de hecho una criatura en su vientre. Pero su Ello se procura un vientre voluminoso comiendo, bebiendo, etcétera, por cuanto desea estar embarazado y, como consecuencia, acaba creyéndolo. Hay embarazos simbólicos. Tienen su origen en el inconsciente y pueden durar más o menos, pero desaparecen irremisiblemente en el momento en que se descubre el sentido simbólico de estos procesos inconscientes. Esto no es nada fácil, pero se dan casos en que resulta, por ejemplo, cuando la causa del abultamiento del vientre es el aire, o tratándose de dolores como los del parto, localizados en la región lumbar, el vientre o la cabeza. En efecto, el Ello es tan particular que no tiene en cuenta las adquisiciones de la ciencia anatómico-fisiológica, sino que, de manera autosuficiente, reproduce el antiguo mito de Atenea naciendo de la cabeza de Zeus. Y yo soy lo suficientemente extravagante como para suponer que este mito, lo mismo que otros, es un producto del poder del inconsciente. La expresión estar preñado de ideas tiene que tener unas raíces muy profundas en la psique humana y ser especialmente importante para el hombre, que ha hecho de ella un mito.

Por supuesto que también se dan casos de embarazos simbólicos y dolores de parto del mismo estilo en mujeres totalmente capaces de engendrar y hasta se puede decir que en ellas esto es más corriente aún que en los hombres. Pero no sólo en mujeres capaces de engendrar y parir; ello puede igualmente acontecerle a mujeres ya más bien entradas en años y, por lo que parece, jugar un papel muy importante en un aspecto variadísimo de enfermedades durante y después del climaterio. Hasta los niños llegan a ocuparse con tales productos de la fantasía, incluso aquellos cuyas madres piensan que aún creen en la cigüeña.

¿Puedo provocarla a usted todavía un poco con afirmaciones aventuradas? ¿Me permite decirle que incluso síntomas secundarios, como son gravidez, náuseas, dolor de muelas, pueden tener, a veces, una base simbólica? ¿Qué hemorragias de toda suerte, ante todo, como es natural, las de la matriz cuando vienen a destiempo, pero también las de la nariz, ano, pulmones, están relacionadas con imágenes puerperales? ¿O que las famosas lombrices del intestino recto, que a más de uno molestan durante toda su vida, tienen,

en más ocasiones de lo que estamos inclinados a creer, su origen en la asociación lombriz-niño, y que la molestia desaparece desde el momento en que se priva al verme del alimento que le ofrece el simbólico deseo?

Conozco a una mujer –ésta pertenece también al número de aquellas que aman a los niños, pero que no los tienen, pues odia a su madre- que perdió su período por un espacio de cinco meses, su vientre cobró volumen, sus pechos se hincharon y ella comenzó a creerse encinta. Un día mantuve con ella y un conocido común una larga conversación sobre la relación existente entre las lombrices y la idea del embarazo. El mismo día expulsó un ascáride, y aquella noche le acometieron los dolores y se le desinfló el vientre.

Y con esto he llegado al punto de llamar la atención sobre las causas ocasionales de estos embarazos. Se puede decir que todos se dejan reducir a fenómenos de asociación, uno de los cuales, como ya dije, lo constituye el par lombriz-niño. Las más de las veces estas asociaciones son de muy largo alcance, muy complejas y, como proceden de la infancia, muy difíciles de retrotraer a la conciencia. Pero se da también el caso de asociaciones muy fáciles que saltan en seguida a la vista. Uno de mis conocidos me contó una vez que, en la noche en que su mujer iba a dar a luz, todos sus esfuerzos se dirigían a cargar él mismo, de una manera muy particular, con los trabajos, según él muy dolorosos, de la parturienta. Y aquella noche soñó, en efecto, que él mismo era quien paría al niño. Lo soñó con todos los detalles, tal como lo había visto en otros partos, y despertó precisamente en el momento en que el niño venía al mundo, encontrándose con que había expulsado no al niño, pero sí algo que conservaba aún el calor de la vida, cosa que no le había acontecido desde su primera niñez.

En efecto, aquello fue un sueño, pero si usted se informase al respecto entre sus amigos y amigas descubriría con asombro lo corriente que es que los maridos o las abuelas, o los niños, lleven a cabo en su propio cuerpo los partos que, al mismo tiempo, realizan sus parientes.

Pero no es necesario que las relaciones sean tan patentes. A veces, basta con ver a un niño pequeño, o una cuna, o un biberón. Usted misma habrá conocido, sin duda, a muchas personas a quienes se les ha hinchado el vientre por haber comido repollo, o guisantes, o judías, o después de zanahorias o pepinos. Luego aparecen los dolores del parto en forma de dolor de vientre y el parto mismo simbolizado por vómitos o diarreas. Las asociaciones que nuestro Ello lleva a efecto en el subconsciente son, casi se puede decir, ridículas, y, juzgadas por el tribunal de nuestro celebrado entendimiento, necias. Así, por ejemplo, el Ello encuentra semejanza entre el cogollo del repollo y la cabeza del niño, los guisantes y las judías se hallan alojados en su vaina como el niño en la cuna o en el seno materno, la sopa de guisante o el puré de judías hace pensar en los pañales. Ahora sólo queda por aclarar lo de las zanahorias y los pepinos. ¿Cómo se lo imagina usted? Seguro que no da con el quid de la cuestión, si yo no le ayudo.

Al jugar los niños con un perro y observarlo con vivo interés en todas sus actividades, acaban por darse cuenta un día de que allí donde se encuentra el aparato para hacer sus necesidades menores aparece una que otra vez una cosa puntiaguda, colorada, que se parece a una zanahoria. Entonces les muestran este raro fenómeno [a la madre o a cualquier otra persona que tengan más a mano y averiguan, por las miradas y frases embarazosas de los adultos que no se debe hablar de esas cosas, y menos observarlas. El inconsciente conserva esa impresión con una mayor o menor nitidez, y tiende en un momento dado, a identificar a la zanahoria con la punta roja del cachorro construyéndose en su mente la idea de que también la zanahorias son un asunto tabu, y cuando se encuentran con la posibilidad de tener que comer zanahoria reaccionan mostrando enojo o repugnancia e incluso un embarazo simbólico. También en relación a este aspecto el inconsciente infantil, es sorprendentemente tonto en relación a nuestra “notable inteligencia”; él cree que los semillas de los niños entran por la boca a través de los alimentos hasta llegar al abdomen donde comienzan a crecer, mas o menos del mismo modo que los niños creen que un cuesco de aceituna tragado por casualidad puede hacer que crezca un árbol de aceitunas en la barriga. Pero a pesar, de esta inocencia, de un modo oscuro ellos saben que “cosa” roja del cachorro tiene una cierta relación con el nacimiento de los

niños. Saben de ello tan confusa o claramente en la medida que sospechan que antes de llegar a la barriga de la madre, la semilla del hermano o hermana pequeño(a) estaba de algún modo en ese extraño apéndice del hombre o del niño semejante a un pequeño rabo y que habría sido atrapado en el lugar equivocado y que tenía colgando debajo de él un saco en miniatura con dos huevos o dos nueces, del cual también se habla a media voz, que solo puede ser tocado para hacer pipí y con el cual solo la madre tiene el derecho de jugar.

Vea como el camino que va de la zanahoria al embarazo imaginario es largo y difícil de descubrir. Sin embargo, cuando uno empieza a conocerlo, lo hace sabiendo también lo que significa la incongruencia del pepino pues este vegetal, más allá de la comica y fatal semejanza con el miembro del padre, contiene en su interior otros pepinos que simbolizan las semillas de los futuros niños.

Estoy percibiendo que me alejé de mi asunto principal, pero espero, amiga mía, que en virtud de nuestra amistad usted relea las cartas que le parezcan muy confusas. Tal vez eso le ayude a comprender de un modo más claro, aquello que estoy intentando explicar, es decir, que el Ello, aquello por lo cual somos vividos, no distingue entre nuestros sentimientos, nuestro sexo, ni nuestras edades].<sup>1</sup> Y con ello creo que le he dado, al menos, una idea de la irracionalidad de ese ser. A lo mejor comprende usted ahora por qué yo, a veces, puedo resultar tan femenino que quisiera dar a luz a un niño. En caso de que no haya conseguido expresarme con claridad, la próxima vez lo voy a intentar con más decisión.

**Cordialmente, suyo,  
PATRIK TROLL**

*Volver a Publicaciones de Groddeck*

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE  
<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>  
Contacto: [alsfchile@alsf-chile.org](mailto:alsfchile@alsf-chile.org).

---

1.- El escrito ubicado entre [...] corresponde a una traducción del equipo Indepsi al segmento faltante en la versión circulante en español. Traducción realizada a partir de la versión portuguesa O livro d'Isso, Editora Perspectiva.